

15 DE DICIEMBRE.—Durante los últimos días ha habido en casa continuo entrar y salir de madres y esposas, en demanda de que interponga yo mis buenos oficios para que el Gobierno mejore la suerte que están corriendo los muchos prisioneros á diario capturados. Las desventuradas señoras lloran sin consuelo contándonos sus temores y sus cuitas.

Después de algunas entrevistas con el Presidente Estrada Cabrera, obtengo de él que los presuntos responsables de la intentona revolucionaria de Jutiapa, sean juzgados, aunque militarmente, en esta propia capital.

La gente se alegra, pues esposas y madres abrigaban una porción de sombríos presentimientos si hubieran llevado á sus deudos á juzgarlos hasta aquel Departamento.

19 DE DICIEMBRE.—Mañana me embarcaré para El Salvador.

Según mis cálculos y deseos, la ausencia no ha de prolongarse más allá de tres meses. A pesar de ello, no puedo ver serenamente á mi hijo, aflíjome de considerarme lejos de él, y cada vez que su nodriza me lo acerca, huyo. . .

20 DE DICIEMBRE.—Esta mañana, muy de mañana, cargándolo mi mujer, me llevó á mi hijo hasta mi cama, me hizo que lo besara. . .

Me vestí de prisa y aunque no les dije adiós materialmente, porque odio las despedidas, procuraba entrar á menudo en su habitación para deleitarme en la contemplación del grupo: impresionada mi mujer, y mi

hijo mirándome con su mirar casi inexpresivo de criatura. . .

Alguna gente en la estación augurándome buen éxito; en el puerto, mucho calor y ansias de que la cosa empiece de una vez.

A eso de las ocho de la noche levó anclas el vapor «Loa» de la Compañía Chilena de Navegación, en que me marchó.

21 DE DICIEMBRE.—(Frente á Acajutla). Miguel Meneses, escribiente de la Legación que me he traído en calidad de secretario particular, á las seis de la mañana se apresura á llevarme la noticia á mi camarote:

—Salga usted, señor, y verá qué adornados están el muelle y el puerto. . .

La noticia y lo irrespirable de mi camarote violentaron mi *toilette*, salí á cubierta y miré hacia la playa. . .

El altísimo muelle metálico, todavía más alto que el de San José de Guatemala, se halla todo empavesado y en el mástil de honor del «Loa» flota la bandera de México.

En la falúa del puerto, gobernada por el comandante en persona, que fué á bordo á saludarme y ponerse á mi disposición, desembarcamos, y camino del muelle, en la diafanidad de la mañana, advertí á mi izquierda una montaña coronada de enorme penacho de humo denso y de color plomizo, que á duras penas se remontaba sin disgregarse, pesadamente, cual si estuviera tallado en un solo bloque.

—¿Y eso? . . .—pregunté á mis acompañantes, apuntando hacia el volcán en erupción.

Con orgullo en el ademán y en el tono, como si se tratara de la presentación de un soberano, me respondieron en coro:

—El Izalco! . . .

Atracamos bajo el muelle; de uno de sus portales descendió en una cuerda sillón de bejuco que en los aires giraba y mecíase. Lo sujetaron los bogas, me empaquetaron á mí, dieron el grito de aviso, y, lentamente, con vaivenes que producían vértigo, principió mi ascenso en el vacío, unos diez ó doce metros. Al pisar el muelle y después de ser muy saludado, caí en los robustos brazos de mi viejo y amado amigo el General D. Juan J. Cañas, actual Subsecretario de Relaciones Exteriores y muy aplaudido literato salvadoreño.

Luego, una multitud de personas me fueron presentadas, en tanto que los trabajadores del puerto contemplábanme curiosos . . .

En verdadera procesión emprendimos la marcha al pueblo; y al llegar al fin del muelle, una valla de soldados me presentó armas, en tanto que el oficial saludábase con la espada desnuda y el corneta tocaba marcha.

Hallé muy en su lugar honores tales, me erguí y avancé tranquilamente, penetrado de que al representante de una nación le son debidas cualesquiera consideraciones.

Es también muy de notar que tan en seguida pueda uno acostumbrarse á corresponder—en la actitud cuando menos—á los honores. Y entonces comprendí por qué tanto gobernador y funcionario cursi y vulgar de

nuestro México, y del mundo todo, pronto adquieran hasta cierta majestuosa elegancia para presidir las ceremonias oficiales á que concurren; es que la propia personalidad, por humilde é inútil que sea, desaparece amparada bajo la cubierta moral que la engalana; surge el símbolo y la multitud aplaude al que lo lleva, así sea éste monarca, presidente ó simple mortal, porque lo que la multitud cree ver es la dinastía, la república ó el cargo elevado. Y el rey, el presidente ó el simple mortal, á su vez, cree en serio que es la dinastía, la presidencia ó el cargo elevado; olvidándose unos y otros de que en nuestra eterna comedia humana, somos á este respecto lo que esos pobres hombres que en las grandes ciudades populosas sirven de anuncios ambulantes—medio comprimidos entre dos bastidores de madera ó lienzo pintarrajeados—á la alegría, á la dicha, á la riqueza. . .

Y allá van, en muda marcha trágica, paso á paso, ocultando sus miserias morales y materiales, pero anunciando en cambio lo que quizá les queda más distante: la buena comida, las joyas baratas, las ropas que no se acaban nunca, los antídotos para las peores dolencias. . .

Encerrado yo dentro de mi doble y nobilísima coraza—¡la representación diplomática!—también me olvido de mis defectos é imperfecciones y me creo merecedor y digno de ella. . .

Dichosamente, la ilusión desvaneciése pronto, mi vanidad sufrió tremenda embestida de mi análisis, y volví á verme lo que soy: modestísima unidad, no ya para el mundo ni para mi país, sino hasta para mi ciudad natal, para la apartada calle y la vetusta casa en que nací. . .

Entonces, reaccioné; se impuso el idolátrico culto que profeso á México y me equiparé á uno de esos sacerdotes que en las imponentes solemnidades religiosas caminan bajo palio con la Custodia entre sus manos profanas é impuras, defendidas con paño de seda para que el irrespetuoso contacto sea inofensivo. . .

Y pude ya contestar los saludos, agradecer con la mirada y con el gesto los vivas á México que hendían los aires.

Acompañado de todas las autoridades y después de apurar un refresco en la comandancia, nos instalamos en tren especial, que en tres cuartos de hora nos depositó en la ardientísima ciudad de Sonsonate.

En Sonsonate, gran almuerzo en el *restaurant* del hotel, colgado de los colores mexicanos, luciendo en los testeros de la espaciosa sala un cuadro de los héroes de nuestra Independencia, en litografía, y el retrato, en cromo, del señor General D. Porfirio Díaz.

Allí fueron los primeros brindis, los primeros elogios inteligentes á México y sus hombres, nuestro Himno Nacional vitoreado por un pueblo amigo.

Tuve un encuentro gratísimo: abracé á Vicente Acosta, el delicado poeta salvadoreño que tanto se dió á querer en México hace unos cuatro ó cinco años y que ahora hállase recién llegado de Honduras. En un aparte rápido, desentendiéndome de las conversaciones serias, saboreamos con delectación de antiguos bohemios nuestro anciano tuteo. En un instante nos preguntamos una porción de cosas, con inquietos y afectuosos:

—¿Te acuerdas? . . .

La Ceiba.—Ahí concluyó, por este lado, el camino de hierro.

Desembarcamos de los trenes frente á menguado caserío, á cuyo alrededor miré porción de personas que me esperaban, muchas caballerías ensilladas y dos ó tres diligencias. De entre las primeras, distinguí al doctor Llerena y á José Esteban Sánchez, que vinieron á mí con los brazos extendidos, palpando yo, al estrecharlos, la sinceridad de la caricia.

Luego, el Gobernador de la provincia y el jefe del Estado Mayor del Presidente Regalado, más autoridades militares, diversos particulares que me saludaban calorosamente.

Por un instante notóse alboroto inaudito en las bestias, y gritos, latigazos; una partida de ganado que desfilaba lentamente á cierta distancia, nos contempló con azoramiento, deteniéndose y mugiendo. . . Hacia la estación, la máquina arrojaba sostenida columna de vapor; hacia el monte próximo, la ceiba secular que da nombre al sitio, con sus ramas tensas y su tronco rugoso y grueso, simulaba imperfecta columna envejecida de un templo que no existiera ya. . .

Asunto de calarnos las botas y de despachar un *Ginger Ale*, y á caballo todo el mundo, en marcha á Santa Tecla, en alegre tropel de cabalgata de paseo. . .

Gracias á la bondad de mi cabalgadura, un tordillo peruano de bríos que con silla mexicana destináronme especialmente, en unión del jefe del Estado Mayor y de otro coronel me adelanté al resto de la caravana por el

delicioso camino de herradura que comenzaba á obscurarse con la puesta del sol *tras os montes*.

Fué hora y media de plática sabrosa, á buen andar por ancha y oliente vereda, casi á la falda de enorme serranía, en una de cuyas revueltas asomó el Izalco, muy á lo lejos, siempre mandando á las nubes su inmenso penacho de humo denso y de color plumizo, que á duras penas se remontaba sin disgregarse, pesadamente, cual si estuviera tallado en un solo bloque.

Santa Tecla.—(Al atardecer). Salgo de mi peruano para entrar en una «victoria» de la presidencia, en la que á todo el trote de sus caballos atravesé media población de Santa Tecla á la luz vacilante de la prima noche.

Aspecto de tristeza; las calles largas y rectas; casas bajas, en lo general; alumbrado escaso y de aceite. Cruzamos ancha plaza manchada de tiendas de lona, iluminadas, de las que salían tufos de fritos, y voces y risas de parroquianos alegres.

—Los chinamos—me explicaron, señalándolos.

Y durante un buen rato, quedéme en la duda de cuáles serían los «chinamos,» ¿los tendajos? . . . ¿los que los recuentan? . . .

Descanso de pocos minutos en una posada, casi en su totalidad habitada por emigrados guatemaltecos. Rumor de su charla y de los cubiertos y platos de su comida.

Media hora en tren expreso hasta San Salvador.

Antes de penetrar en la ciudad, descubrí á la izquierda su cementerio, muy poblado con sus monumentos fu-

nerarios, los que le prestaban á la dulce claridad de la noche, apariencias de taller de sepulcros ó de cantera de mármol en descanso.

Benévola recepción en el paradero; además del mundo de gente que me aguardaba, acércanse á saludarme todos los Ministros del Gabinete.

En el carruaje del propio Presidente, condúcenme al hotel del «Nuevo Mundo.»

Impresión de grata sorpresa al contemplar su elegante y espacioso comedor iluminado hasta el derroche.

El edificio entero, en obsequio mío, adornado con banderas mexicanas y salvadoreñas.

Nos han destinado para alojamiento una serie de habitaciones; en la sala, figura entre los muebles un piano, y entre los cuadros, un retrato del General Díaz, haciéndole *péndant* el del General Regalado; en seguida, mi dormitorio; luego el dormitorio para Meneses, y al fin, un dormitorio para el Cónsul de México en El Salvador, D. Tomás Ugarte, jalisciense establecido en Sonsonate hará seis años y á quien he autorizado para que me acompañe mientras dure mi permanencia en esta República.

Molidos los huesos por el cansancio del viaje, recójome temprano; durante largo rato, en la soledad de mi estancia, persíguenme los recuerdos de mi mujer y de mi hijo; el fantasma de la fiebre amarilla, que bien puede estar asechándome hasta debajo de mi mismísimo lecho, y el estridente silbido de alacranes invisibles y ponzoñosos que quizá me acometan durante el sueño. . .

22 DE DICIEMBRE.—Despertar fantástico, á los acordes

de orquesta ambulante que pasa por frente á mis ventanas tocando música fúnebre; deben detenerse en cada esquina, pues oigo intermitentemente que los ejecutantes entonan algo á modo de salmodia.

En la duda de que ello fuese demostración en mi honor, con apresuramiento salto de la cama, mal me lavo y visto, y salgo al corredor en busca del hostelero, que es español, cojo y simpático. Sin el menor disimulo se me ríe en las barbas á carcajada tendida cuando le pregunté si la música y los cantantes que acababa yo de escuchar formaban parte de alguna manifestación con que me felicitaran.

—¡Qué manifestación ni qué ocho cuartos!—me dice en medio de sus carcajadas,—esto es un entierro, señor Ministro. Aquí lo entierran á uno con cante y música, y esta calle queda camino del cementerio.

Para neutralizar su risa y dándomelas de filósofo, le replico:

—Así quedan las calles de todas las ciudades del mundo.

Regresé á mis habitaciones, me encontré levantados ya á Meneses y á Ugarte. Meneses me pregunta con asustada cara si he oído la música, y Ugarte, que ríe de modo *sui generis*, en do mayor sostenido, confirmó las explicaciones del hostelero á propósito de los entierros con *canto*.

El resto de la mañana, lo empleo en recibir á todos los Ministros del Gabinete que vienen á saludarme.

Después de almorzar, voy á Santa Tecla á visitar al Presidente Regalado, en compañía del Dr. D. Fran-

cisco A. Reyes, hermano político de Regalado y excelente amigo mío desde su llegada á Guatemala como Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de El Salvador. Reyes ha hecho el viaje conmigo.

En cuanto llegamos, fuimos recibidos por el General, después de que la guardia del cuartel que se halla al lado de la modesta casa presidencial, y la del cuartel de Policía, que se halla á su frente, presentaron armas á mi individuo. Ya me acostumbré á esto.

Muy interesante la figura del joven General D. Tomás Regalado. No representa más de treinta y cinco años de edad; es excesivamente flaco, de rostro exangüe, de grandes ojos interrogantes y dulces, y tan parco en carnes como en palabras; habla en voz más bien baja, despaciosa, sin perder de vista á su interlocutor y llevando de tiempo en tiempo, por nervioso tic, la mano derecha á su mutilada mano izquierda que conserva siempre sobre el muslo del mismo lado, y á la que, con excepción del pulgar, fáltanle los demás dedos; falta que él disimula infantilmente llevándola enguantada. Precisamente á causa de esa extrema frialdad, compréndese al verlo que ha de ser, en efecto, hombre incommovible frente al peligro y frente á la muerte, á la que ha galanteado de cerca tantas veces. Se comprende que se haya lanzado solo casi, á la toma de un cuartel; se comprende que cuando lo agredieron á tiros en las calles de San Salvador, ni por un instante violentara su moderado andar de valiente; y enternece el recuerdo de la poética leyenda que corona su juvenil matrimonio por amor; leyenda que consiste en suponer que uno de sus sonados triunfos de guerrero

adelantóse á perturbar los castos sueños de la entonces doncella recatada y hoy dignísima esposa suya, la que entre pudores y alborozo quiso presenciar desde la ventana de la casa paterna la triunfal entrada del soldado victorioso, y al conocerlo—la realidad no le deshizo la quimera!—prendóse de él, y como á él le ocurriera otro tanto, al poco tiempo estuvieran unidos con indisoluble y legítimo lazo.

No puedo decir si Regalado será un talento, pero sí digo que al despedirme de él en aquella primera entrevista, al estrechar su diestra completa y franca, sentí que estrechaba la mano de un hombre, y, cualidad mucho más estimable para nosotros, que estrechaba la mano de un hombre que ama á México.

A mi regreso á San Salvador, aguardábanme en el hotel con serenata y banquete inesperados, que mis nuevos y expresivos amigos los salvadoreños tenían preparados para recordarme que hoy ajusto 35 años de vida.

Con el champaña que bullía á los postres, con los brindis íntimos que se pronuncian sin levantarse de la silla, sobre la mesa las copas, los semblantes muy cerca y muy plácidos, y los espíritus todavía más plácidos y más cerca, deseáronme una porción de cosas, bebieron por mi porvenir, por mi carrera literaria y por mi carrera diplomática, por México; y como á alguien le ocurriera brindar también por mi hijo—el rey de mi alma de quien acabo de separarme—sólo les contesté con la mirada, y, á semejanza del enamorado de Rubén Darío, bebí el vi-

no y bebí una lágrima, que me supo mucho más dulce que el vino.

23 DE DICIEMBRE.—Invitado por el Presidente Regalado, en unión de varios amigos, estuve en la tarde de hoy en Santa Tecla, donde asistí en calidad de actor á unas fiestas que se celebran aquí todos los años y que se llaman «entradas.»

Cada barrio de la ciudad y de los pueblos vecinos, celebra la suya; hasta San Salvador, la capital, contribuye.

Consisten las tales en una pintoresca procesión que mucho evoca la dominación española. Encabézala la banda militar que aquí se denomina «Banda de los Altos Poderes;» siguen á ésta muchachos del pueblo que mandan cohetes; después, los miembros de la Municipalidad; detrás de ellos, el Presidente de la República, algunos de sus Ministros, invitados de categoría y el Gobernador de la provincia; luego, en deliciosa promiscuidad, las damas principales, las jóvenes más bellas, las mujeres del pueblo con trapos de cristianar.

De estas últimas descuellan por su lujo y garbo las muchachas trabajadoras que en El Salvador portan el eufónico nombre de «mengalas.»

Inmediatamente después, van los «Gigantes y Cabezudos» y una partida de «Moros y Cristianos» que á cada esquina, en que detiéndense á bailar baile epileptiforme, tíranse fingidos mandobles con fingidos espadones, que se estrellan en fingidos escudos y corazas.

Mientras dura la pelea, los gigantes y cabezudos de car-

tón pintarrajeado y de vestimenta de pesadilla, ora oscilan á modo de ebrios ó de sombras, ora asómanse á los tejados de las casas bajas, como para aspirar el perfume de las copas de los árboles, que los monigotes sobrepasan con su artificial estatura. A lo último va el pueblo: hombres, mujeres y chiquillos, encantados todos con la diversión; y por remate, en un carro alegórico del que tiran bueyes, —lo que le da aspecto de carrosagrado,— encaramada en tosco y primitivo trono, mírase, haciendo el grave papel de divinidad, á alguna chiquilla agraciada y rubia, vestida de blanco.

La luenga procesión, contemplada según yo la contemplo, desde unos portales que bostezan sobre la plaza principal del pueblo, despierta ideas de existencia patriarcal y anterior á éstas de luchas homicidas que han ensangrentado y ensangrentando siguen á toda nuestra neurasténica Hispanoamérica; se siente uno criatura y casi lo asusta la talla desmesurada de los gigantes y cabezudos que continúan su marcha á trompicones; dan ganas de eternizar la diversión y esos momentos tan candorosos, inocentes y puros.

Y por lo que hace á la democrática mescolanza de gobernantes, damas y pueblo, experimenta uno deseos de aplaudir, sobre todo, si como yo, se viene de país en el que su presidente, por temores más ó menos justificados, la rarísima ocasión que en público se presenta, realízalo tras de triple y circular muralla de militares y policías.

La confianza que el General Regalado demuestra tener entre sus gobernados, trae fatalmente á mi memoria a no menos absoluta del General Díaz, quien, sin som-

bra de recelos y lo mismo á pie que en carruaje, á diario mézclase y confunde con el pueblo mexicano, de cuyo seno ha subido hasta la presidencia de la República, y que bien merece, por esta y otras causas, que en lugar de temérsele, lo estimen y reverencien.

27 DE DICIEMBRE.—Tres días de vivir sonambúlico casi, saliendo de una manifestación espontánea y cariñosísima de las autoridades ó de los particulares, para entrar en otra no menos cariñosísima ni menos espontánea de los particulares ó de las autoridades. De todas las calles, de todas las casas, de todos los corazones salvadoreños, un inmenso, múltiple y noble himno de gratitud hacia México; condición que trueca mi permanencia en esta ciudad, en una especie de ensueño; que engendraría en mí, si no fuera mexicano por los cuatro costados, un culto á ese México tan amado en país distante; el sufrido y heróico centinela de nuestra raza en el Continente, según puede demostrarlo con las elocuentes cicatrices de determinadas fechas que responden á determinados períodos luctuosos de su vida, en los que su independencia háse hallado á punto de zozobrar; y que ahora, en su actual período de progreso y acrecentamiento de fuerza, se acuerda de sus hermanos más pequeños, contempla simpáticamente á los más remotos y anhela que agrupados todos en un solo cuerpo, reciban de buen grado en su frente de naciones libres el desinteresado ósculo de paz, que por ejemplo en el viaje mío, envía desde luego á estas cinco feraces repúblicas centroamericanas.

Pero ninguna de las manifestaciones con que hasta hoy he venido siendo honrado, impresionáronme al punto que me conmovió la de esta noche, la que el pueblo en masa de la capital (más de cinco mil personas), llevó á cabo en plena calle, frente á mis habitaciones del hotel del «Nuevo Mundo.»

Ha habido de todo: cohetes de luz, serenata, discursos entusiásticos, y en el centro de la muchedumbre aglomerada, el retrato del General Díaz en hombros de un grupo de salvadoreños, alumbrado por candelabros con bujías de cera y sirviendo de lazo de unión á las banderas de los dos países.

Cuando, después de los discursos de ellos, me exigieron que hablara, no supe lo que contesté; sólo sé que durante unos veinte minutos dí suelta á mi agradecimiento y les hablé más con el corazón que con palabras.

El pueblo, igual en esto á todos los pueblos, se conmovió; los próximos á mí me aplaudieron porque me oían y los demás porque oían aplaudir; el pueblo, digo, exigió mi salida, y yo salí para caer en brazos desconocidos que me inspiraban confianza absoluta, que me estrechaban, que me estrujaban, que tiraban de mí, y que por último colocáronme en el mismísimo centro de la impenetrable masa humana, con la que emprendí, en vilo ó poco menos, triunfal paseo por las principales calles de San Salvador. Instantes de delirio inolvidable: el espíritu de un pueblo exteriorizando su gratitud por otro, bajo la bóveda estrellada de un cielo tropical.

En el parque de Morazán, donde nos desbordamos, el entusiasmo rayó en locura, pero locura benigna, la

que ataca á las multitudes cuando no están animadas de una mala pasión. Desde las gradas del pedestal que corona la figura en bronce del prócer que da nombre á la plaza, arengué de nuevo á este amigo múltiple y formidable, en cuyas entrañas había peregrinado por la ciudad; contestáronme ministros del gabinete, individuos particulares, obreros inteligentes; las notas de nuestros respectivos himnos, por la millonésima vez, subieron hasta los astros en portentosa ascensión de símbolo, y el retrato del Presidente de México, siempre en hombros y siempre alumbrado por las bujías de cera, veíase á lo lejos, por sobre el encrespado mar de cabezas, que se inclinaba, cual si hasta el cromo sintiérase entusiasmado y rindiera gracias mudas á la imponente y solemne manifestación popular.

29 DE DICIEMBRE.—En camino de hierro hasta Santa Ana, capital del Departamento del mismo nombre, al Occidente de la República y á la falda de uno de sus volcanes en actividad.

Famosa por la exagerada valentía de sus hijos y por encontrarse muy próxima á la histórica Chalchuapa, que á su vez hállase á unos cuantos pasos de la frontera con Guatemala. Chalchuapa es histórica, porque allí encontró la muerte el dictador guatemalteco J. Rufino Barrios, el año de 85.

En Santa Ana, aunque con menores proporciones que en San Salvador, fuí festejadísimo.

Sólo permanecí dos días.

F. GAMBOA

31 DE DICIEMBRE.—En el nuevo club de San Salvador, en el baile con que despiden al año que se consume.

No obstante que señoras y caballeros logran con su extremada cortesía hacerme pasar muy agradable velada, cuando á las doce de la noche, reunidos en el *buffet*, se apuró la tradicional copa de champaña, símbolo de deseos que se formulan en frases cortas por nuestras dichas recíprocas, al mirar cómo los novios se buscaban y los matrimonios estrechábanse las manos, y se abrazaban los amigos, nube de tristeza invadió mi espíritu; me reconocí viajero y solitario, me hacían falta los adorados huéspedes de mi alma, que á esta hora, ella estaría pensando en el ausente, y él, confiado ha de dormir en su cuna sin saber todavía ni por qué ha nacido ni por qué vive. . .

Y abandoné el baile, sin abrigo ninguno porque el cáldido clima no lo consiente, pero bien envuelto en melancolía dulcísima que me adormeció y arrulló en mi vulgar cuarto de hotel, hasta el que penetraba, por la ventana abierta y poetizada con tiestos de geranios y violetas, un desmayado rayo de luna.

---

1900

---

1º DE ENERO.—(San Salvador.) En una quinta de Santa Tecla, propiedad del adinerado y hospitalario súbdito británico, Mauricio Duke, que ha ofrecido almuerzo patriarcal para reunir á sus hijos y á sus nietos. Los extraños somos pocos, de ellos el General Regalado y yo.

Una llamarada, despedida por las cenizas de mi juventud: tengo el esbozo de un idilio, que dura menos que la fugaz llamarada.

En la noche, gran banquete que el casino Salvadoreño ha organizado en mi honor, con absoluta exclusión del elemento oficial, para que no pueda interpretarse que la fiesta fué aconsejada ó ayudada por miembros del Gobierno.

Pequeña *eironeia*: un intelectual salvadoreño que estuvo hace varios años de ministro plenipotenciario de su país en el mío y que en ese carácter fué invitado á uno de los banquetes anuales con que se obsequiaba entonces á nuestro ministro de Justicia é Instrucción Pública, don Joaquín Baranda, pronunció un brindis que le fué muy aplaudido. Algún comensal me presentó á él, explicán-